

Tres tendencias metodológicas en el pensamiento en Hispanoamérica: examen y propuestas

Por Javier PINEDO*

1. *El inicio del cambio: del ensayo a la filosofía y a la historia de las ideas*

EL CAMINO DEL PENSAMIENTO LATINOAMERICANO comienza con el ensayo como género literario y abarca desde ciertas crónicas escritas durante la época del descubrimiento y conquista, las reflexiones de Garcilaso de la Vega y los libros de los jesuitas exiliados hasta las proclamas y textos publicados a lo largo de los siglos XIX y XX.¹ Género plenamente vigente, reconocido en el plano de las ideas como forma de expresión latinoamericana propia, el ensayo intentó ser superado por la filosofía académica que pretendió acercarse a la corriente universal con conceptos y temas provenientes de la tradición europea. Filosofía que a su turno será dejada atrás por un grupo de pensadores mexicanos, argentinos y españoles entre los cuales se destaca Leopoldo Zea y su intento de constituir una historia de las ideas como disciplina que fuera más allá que la filosofía —considerada estrecha para analizar la amplitud latinoamericana— y superara al mismo tiempo el impresionismo del ensayo.²

Ese rechazo al academicismo filosófico se ha mantenido hasta el presente, como lo señalan Horacio Cerutti y Mario Magallón,

* Director del Instituto de Estudios Humanísticos, Universidad de Talca, Chile; e-mail: <jpinedo@utalca.cl>.

¹ Para el análisis del ensayo remito a los ampliamente conocidos trabajos de José Luis Gómez-Martínez y a su sitio en la Internet, DE: <www.ensayistas.org>. Trabajos anteriores en Emilio Carilla, *Hispanoamérica y su expresión literaria*, Buenos Aires, EUDEBA, 1969; Giuseppe Bellini, *Nueva historia de la literatura hispanoamericana*, Madrid, Castalia, 1997, cuya última parte está dedicada al ensayo; las historias de la literatura de Jean Franco. Dos textos pioneros fueron los de John Skirius, ed., *El ensayo hispanoamericano del siglo XX*, México, FCE, 1981; y el de Martin Stabb, *América Latina en busca de una identidad: modelos del ensayo ideológico hispanoamericano, 1890-1960*, Caracas, Monte Ávila, 1969.

² Véase Javier Pinedo, “Identidad y método: aproximaciones a la historia de las ideas en América Latina”, en Hugo Cancino y Susanne Klengel, *Nuevas perspectivas teóricas y metodológicas de la historia intelectual de América Latina*, Frankfurt, Vervuert, 1999; Vilma Figueroa Casas, “Arturo Andrés Roig y la metodología de la historia de las ideas en América Latina”, *ISLAS* (Universidad Central de Las Villas), núm. 125 (julio-septiembre del 2000), pp. 132-149.

la filosofía, entendida como *prima philosophia*, como filosofía fundante de las prácticas científicas o políticas, ha sido completamente desbancada en la actualidad. No es posible ya pensar que la pura especulación esté en condiciones de aportar algo a las urgencias de nuestro tiempo. Más bien concebimos a la filosofía como un saber que surge de la reflexión acerca de esas mismas prácticas, que no puede ignorarlas, que recién después de haberlas experimentado fuertemente desde dentro está en condiciones de aportar algo más.³

El concepto *historia de las ideas* posee múltiples definiciones; fue establecido por el historiador norteamericano Arthur O. Lovejoy (1873-1962) al iniciar su estudio sistemático en los años treinta del siglo xx. Lovejoy hablaba indistintamente de historia de las ideas e historia intelectual: “La historia de las ideas es, en mi concepto, algo menos específico y menos cerrado que la historia de la filosofía. Al hacer la historia de las doctrinas filosóficas, la historia intelectual actúa como una sierra, cortando los sistemas, montados rígidamente y los fragmentos en sus componentes a los que yo llamo ideas-núcleo”.⁴

Lovejoy encuentra las ideas-núcleo en sistemas ideológicos separados por el tiempo o el espacio, por lo que considera que las ideas viajan constantemente de un pensador o de un sistema a otro.⁵ Su metodología encontró buena recepción en América Latina por la ausencia de sistemas filosóficos, lo que no evitaba otras expresiones del pensar y aún una fuerte creencia en el poder de las ideas (del lenguaje) y de su acción en beneficio de la sociedad.⁶

³ Horacio Cerutti Guldberg y Mario Magallón Anaya, *Historia de las ideas latino-americanas: ¿disciplina fenecida?*, México, Juan Pablos/UCM, 2003, p. 30.

⁴ Arthur O. Lovejoy, *The great chain of being: a study of the history of an idea*, Harvard, Harvard University, 1936. El autor intenta conocer el proceso de constitución y evolución de una serie de ideas “en todas las provincias de la historia en que aparecen de modo relevante, independientemente de que estas provincias se denominen filosofía, ciencia, literatura, arte, religión o política”. Lovejoy fue el fundador del *Journal of History of Ideas*.

⁵ Véase Arthur Lovejoy, “Reflexiones sobre la historia de las ideas”, *Prismas. Revista de Historia Intelectual* (Universidad Nacional de Quilmes), vol. iv (2000).

⁶ Al comienzo de *El siglo de las luces* Alejo Carpentier señala: “Las palabras no caen en el vacío”, y José Martí escribe su conocida frase, “Trincheras de ideas valen más que trincheras de piedras”, probablemente debido a nuestra atracción por los esquemas ideológicos heredados de la escolástica o a nuestra tendencia más a las letras que a los números. Como sea, aunque la historia de las ideas tenga un origen norteamericano y la Unesco y la OCDE no la reconozcan como disciplina académica, en América Latina tuvo un fructífero desarrollo al enfrentar la variada realidad del continente, incluyendo ensayistas e intelectuales de diverso tipo, políticos, periodistas y educadores, más abundantes que los filósofos.

El mayor esfuerzo para consolidar una disciplina que permitiera dar cuenta de la práctica de nuestros pensadores fue realizado por Leopoldo Zea (1912-2004) con su concepto de *historia de las ideas en América Latina*. Zea no fue el único pero sí el más visible y recibió la colaboración temprana de Arturo Ardao (1912-2003), Francisco Miró Quesada (1918), Arturo Andrés Roig (1922) y otros intelectuales en su enorme esfuerzo para organizar seminarios, publicar libros como la colección *Historia de las ideas* en varios países del continente y la compilación *América Latina en sus ideas* (1986), entre otros.⁷

Desde que se inscribe en la historia de las ideas, o al revés, por este mismo hecho, Leopoldo Zea descubre que en México los positivistas han reformulado el pensamiento de Comte insertándolo fuertemente en su propia circunstancia, descubriendo que aquí se ha pensado pero de una manera distinta a la matriz europea. Ese descubrimiento probablemente no podría haberse realizado desde la filosofía, pero sí desde esta nueva mirada que le permite percibir que una realidad histórico-cultural diferente produce un pensar diferente.

En un paso adelante, para Zea las ideas —entendidas como representaciones surgidas de las circunstancias históricas— expresan la identidad nacional y tomar conciencia de ésta nos permite comportarnos como ciudadanos iguales, porque percibimos nuestras diferencias. Ése fue su gran aporte. Y sus ideas-núcleo más sugerentes serán: la conciencia histórica y de la realidad, la identidad colectiva y sus expresiones así como la función de las periferias en el mundo global.

Más tarde, estudiosos de la obra de Lovejoy, como Crane Brinton,⁸ continuaron esta perspectiva multidisciplinaria señalando que no sólo se buscan ideas sino que se rastrea “la difusión de la obra de los líderes culturales —sus ideas— en una sociedad determinada, así como la relación entre esas ideas, por un lado, y los *impulsos, intereses* y demás factores no intelectuales de la psicología individual y social, por otro”.⁹ Brinton señala que se debe diferenciar entre la historia de las ideas y la historia de la filosofía, de la literatura, de la ciencia y de otras ramas de la cultura pues, mientras el historiador de la filosofía se dedi-

⁷ Además de obras de Leopoldo Zea se han publicado textos de historia de las ideas de José Ingenieros, Arturo Andrés Roig, Javier Ocampo López, Isabel Monal, Carlos Rojas Osorio, María Luisa Rivara de Tuesta y David Sobrevilla, entre muchos otros.

⁸ Crane Brinton es autor de la conocida obra, *Las ideas y los hombres: historia del pensamiento de Occidente*, Madrid, Aguilar, 1966. La perspectiva de Brinton, como más recientemente la de Peter Watson, abarca desde los griegos hasta su propia actualidad.

⁹ Crane Brinton, “Historia de las ideas”, *Enciclopedia Internacional de Ciencias Sociales*, David L. Sills, dir., Madrid, Aguilar, 1975, p. 436.

ca de modo primordial a explicar a los filósofos, la historia de las ideas se asocia a la observación de lo colectivo y lo social y “ha de interesarse sobre todo por lo que les sucede a esas ideas cuando pasan a formar parte del caudal de las personas instruidas e incluso del de las no cultivadas”.¹⁰

Como se ve, este primer esfuerzo fundador intenta establecer una separación entre la filosofía y la historia de las ideas, esta última como un método más amplio, pues si la filosofía analiza escuelas de pensamiento y sus estructuras y relaciones internas de una manera casi siempre inmanente, la historia de las ideas tiene la ventaja de considerar a sujetos sociales que han contribuido a crear una atmósfera de opinión social característica de un momento histórico determinado. La historia de las ideas se abre con facilidad a lo multidisciplinario.

Por otro lado, es interesante relacionar los trabajos de Zea con los del pensador inglés Isaiah Berlin (1909-1997). Este último es ampliamente reconocido por sus aportes en el plano de las ideas políticas y como estudioso de los grandes sistemas de pensamiento que han modificado nuestra comprensión del mundo. En la obra de Berlin destaca la biografía intelectual de Karl Marx, así como la de otros autores no menos significativos en sus representaciones ideológicas como John Stuart Mill, Johann Herder, León Tolstoi, entre otros; Zea realizó algo similar en América Latina, y si bien no parece que hayan existido relaciones entre ambos —uno centrado exclusivamente en el mundo europeo y el otro en el latinoamericano—, llama la atención la coexistencia temporal de los textos y de ciertos métodos que parecen acercarlos.

Los libros de Berlin, como los de Zea, llevan muchas veces el subtítulo *historia de las ideas*, tal es el caso de *El fuste torcido de la humanidad: capítulos de historia de las ideas* (1990) o *Contra la corriente: ensayos sobre historia de las ideas* (1979), por mencionar sólo dos.¹¹ Y

¹⁰ *Ibid.* Su amplitud metodológica le permite a Brinton encontrar antecedentes muy antiguos de su disciplina, y menciona a Wilhelm Dilthey y Max Weber, y de este último señala que *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* puede ser considerada como una obra de historia de las ideas. Con la misma lógica menciona a Paul Hazard, Robin G. Collingwood, Arnold Toynbee, Benedetto Croce, Karl Mannheim, José Ortega y Gasset, y aun los textos de Henry Pirenne, Marc Bloch y Fernand Braudel. Y todavía encuentra antecedentes en Johan Huizinga, *El otoño de la Edad Media*; Eric Auerbach, *Mimesis: la representación de la realidad en la literatura occidental*; y Antonello Gerbi, *La disputa del Nuevo Mundo*. Es decir, se trata de una mirada muy amplia pero suficientemente acotada a textos de pensamiento que reproducen conceptualmente la realidad, aunque no necesariamente sólo desde la filosofía.

¹¹ Desde un punto de vista metodológico no deja de llamar la atención que Isaiah Berlin haya titulado uno de sus libros *Impresiones personales* (1980), tratando de evitar el formalismo y “personalizando” su mirada.

al igual que Zea, Berlin estableció claramente la diferencia entre filosofía e historia de las ideas, por parecerle esta última “un campo de estudio” con una “aplicación más directa en la propia vida del que la práctica”: en su caso, el liberalismo.

Zea inició el estudio sistemático de los pensadores latinoamericanos detrás de los cuales se encontraban las visiones fundamentales para comprender la marcha de las ideas del continente, por lo que resultaba imprescindible acceder a la raíz ideológica de Bolívar, Sarmiento, Bello, Echeverría, Bilbao, así como a la de los autores del siglo xx, pues allí estaban los conceptos para comprender las claves de nuestra realidad política, social y cultural. Su profundo latinoamericanismo lo expuso en su convicción de que aquí era posible levantar un pensamiento propio, que permitiera construir una nueva historia. Un sentido, en cierto modo, “práctico” de las ideas como instrumentos para modificar la realidad de América Latina y alcanzar su unidad e independencia política, económica y cultural. Era una manera, la mejor, de modificar las circunstancias adversas que la mantenían mentalmente enajenada y económica y políticamente subdesarrollada.¹²

En 1947 Leopoldo Zea fundó, en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, el Seminario “Historia de las ideas en América”, que se constituyó en el iniciador de una nueva forma de analizar la historia y el pensamiento. En mi opinión, a partir de esta mirada surgirán las nuevas metodologías.

Aun cuando Zea, como Berlin, tomó en consideración a los intelectuales, su foco central está puesto en las ideas que éstos producen. Tendencia que tendrá continuidad más tarde en aquellas metodologías que se interesan en las especificidades del mensaje.

2. *Historia intelectual*

EN principio, la historia intelectual es sólo una variante de la historia de las ideas y ambos métodos han coexistido en el tiempo pues en ellos se observa interés por los conceptos, las definiciones y los sistemas de ideas, aunque mantengan diferencias entre sí. La historia intelectual recurre más al pensamiento político, científico, cultural e historiográfico en la creencia de que para explicar el funcionamiento intelectual de una

¹² Leopoldo Zea utiliza más de un método, y además de la *historia* de las ideas se interesó por los propios autores de manera cercana a lo que actualmente se denomina *historia de los intelectuales*, especialmente en sus primeras publicaciones al estudiar el positivismo mexicano. Sin embargo, si la historia de las ideas analiza “ideas núcleo”, el concepto *emancipación mental*, propuesto por Zea, sí pertenece a este ámbito.

sociedad necesariamente se debe recurrir a múltiples miradas, siendo la historia intelectual una entre otras: lugar intermedio que considera conceptos de diverso rango, aunque en la producción europea y norteamericana la denominada *intellectual history* incorpora ideas científicas y religiosas así como el análisis del discurso, la semiótica, el estudio de los símbolos comunitarios y por supuesto a las grandes figuras de la cultura y la literatura.¹³

El reconocido sociólogo argentino Carlos Altamirano comenzó sus investigaciones sobre la historia intelectual (que considera más un campo de trabajo que una disciplina), y evolucionó hacia la historia de los intelectuales. En esa primera etapa Altamirano publicó uno de los pocos textos que encaran el tema de la constitución metodológica: *Para un programa de historia intelectual y otros ensayos*.¹⁴ En este texto Altamirano señala las dificultades para definirla y al hacerlo recurre a la opinión de Roger Chartier: “A las certezas lexicales de las otras historias (económica, social, política) la historia intelectual opone una doble incertidumbre del vocabulario que la designa: cada historiografía nacional posee su propia conceptualización, y en cada una de ellas diferentes nociones, apenas diferenciables unas de otras, entran en competencia”.¹⁵

En todo caso, Altamirano percibe que la historia intelectual se encuentra más cerca de la historiografía que de la filosofía, pero tampoco esto le es suficiente pues él intenta levantar un método que permita “esbozar un programa posible de trabajo que comunique la historia política, la historia de las élites culturales y el análisis histórico de la ‘literatura de ideas’, ese espacio discursivo en que coexisten los diver-

¹³ Peter Watson publicó hace unos años, *Ideas: historia intelectual de la humanidad*, Barcelona, Crítica, 2006. El texto, que consta de mil cuatrocientas veinte páginas, se inicia con los homínidos y concluye con los aportes de la física contemporánea, pasando por los griegos, Jesús, Cristóbal Colón, la cultura árabe, la modernidad etc. Es decir, no necesariamente la función de los intelectuales, sino lo que cada época de la humanidad ha aportado a la ciencia, al arte, a la política.

¹⁴ Carlos Altamirano, *Para un programa de historia intelectual y otros ensayos*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005; además de la gran cantidad de artículos que nos muestran el interés por el pensamiento intelectual en el continente, véanse también Aimer Granados y Carlos Marichal, comps., *Historia intelectual de América Latina, 1890-1930: construcción de las identidades latinoamericanas. Ensayos de historia intelectual, siglos XIX y XX*, México, El Colegio de México, 2004; Aimer Granados, José Carlos Chiaramonte y Carlos Marichal, comps., *Crear la nación: los nombres de los países de América Latina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2008.

¹⁵ Roger Chartier, “Intellectual history or sociocultural history”, citado por Altamirano, *Para un programa de historia intelectual* [n. 14], p. 9.

dos miembros de la familia que Marc Angenot denomina géneros ‘doxológicos y persuasivos’¹⁶.

En una última explicación Altamirano da un paso más que anunciará el método siguiente, el análisis del discurso, base de todo conocimiento de las ideas: “Su asunto es el pensamiento, mejor dicho el trabajo del pensamiento en el seno de experiencias históricas. Ese pensamiento, sin embargo, únicamente nos es accesible en las superficies que llamamos discursos, como hechos de discurso, producidos de acuerdo con cierto lenguaje y fijados en diferentes tipos de soportes materiales”. Y más adelante insiste en que su método debe considerar una fusión entre el estudio del lenguaje y las circunstancias históricas: “Dentro de los varios horizontes teóricos que conoce hoy la historia intelectual lo que tienen en común sus distintas versiones es la conciencia de la importancia del lenguaje para el examen y la comprensión histórica de las significaciones”.

En la década de los ochenta Altamirano se acerca más a Zea que a Lovejoy por la consideración de las ideas no como entes fijos y estables, sino en evolución y debate. Aunque sin mencionar a ninguno de los dos pensadores, afirma: “No creo que el objeto de la historia intelectual sea restablecer la marcha de ideas imperturbables a través del tiempo. Por el contrario, debe seguirlos y analizarlos en los conflictos y los debates, en las perturbaciones y los cambios de sentido que les hace sufrir su paso por la historia”. Es un rasgo latinoamericano característico: analizar las ideas en los contextos históricos y sociales. Ideas vivas y activas cercanas a otras con las que crecen o disminuyen. Y una constante suya que ya hemos señalado, insistir en las diversas posibilidades de enfoques de la historia intelectual: “Es sabido que la historia intelectual se practica de muchos modos y que no hay, dentro de su ámbito, un lenguaje teórico o maneras de proceder que funcionen como modelos obligados ni para analizar sus objetos, ni para interpretarlos —ni aun para definir, sin referencia a una problemática, a qué objetos conceder primacía”¹⁷.

Por otro lado, como buena parte de los teóricos actuales de América Latina, Altamirano intenta la superación de la filosofía tradicional, es decir, lejos de desconfiar de su diversidad metodológica, la celebra: “Puede decirse que la diseminación y el apogeo que conoce en la ac-

¹⁶ *Ibid.*, p. 14. La propuesta de Altamirano es una historiografía que incorpora “la dimensión simbólica” de la vida social aunque aclara que esos textos de ideas son sólo textos literarios, véase *ibid.*, pp. 19-20.

¹⁷ *Ibid.*, p. 13.

tualidad la historia intelectual no están desconectados de la erosión que ha experimentado la idea de un saber privilegiado, es decir, de un sector del conocimiento que obre como fundamento para un discurso científico unitario del mundo humano”.¹⁸

En este sentido, el surgimiento de la historia intelectual se debe, en parte, al fin de las grandes verdades, una característica epocal: “Como dice el historiador Bronislaw Baczko, que el tiempo de las ortodoxias está caduco y que eso abre, ‘por suerte’, una nueva época, ‘la época de las herejías eclécticas’”.¹⁹ Una vez más, la historia intelectual se considera como un lugar de reunión de disciplinas, porque los objetos que analiza son convergentes: “los textos son ya ellos mismos objetos de frontera, es decir, textos que están en el linde de varios intereses y de varias disciplinas: la historia política, la historia de las ideas, la historia de las élites y la historia de la literatura”, todo lo cual se traduce en lo que denomina “discurso intelectual hispanoamericano”,²⁰ que incluye obras clásicas como *Facundo*, *Ariel*, *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, *El laberinto de la soledad* y otros.

Disciplinas en estado de constitución

En algunos aspectos podríamos pensar que hemos regresado al punto inicial: el estudio del ensayo. Pero Altamirano desestima esa opción:

No creo, sin embargo, que todos los escritos que se sitúan en ese sector fronterizo puedan, a la vez, agruparse como exponentes o variantes del ensayo, por elástica que sea la noción de este género literario. Nadie dudaría, por ejemplo, en situar los discursos de Simón Bolívar en esa zona de linde. Pero, ¿qué ventaja crítica extraeríamos llamando “ensayos” a textos que identificamos mejor como proclamas y manifiestos políticos? Sería preferible hablar de “literatura de ideas”.²¹

Finalmente la historia intelectual, la literatura de ideas, la historia del pensamiento, son usados aquí como conceptos que abarcan las obras y subgéneros mencionados y que se agrupan porque todos ellos son “textos en que se discurre, se argumenta, se polemiza”. Ahora sí caben todos los aludidos bajo un rótulo conocido: pensamiento latinoamericano.

Para Altamirano no hay contradicción en que América Latina, que aporta la materia de un pensamiento original, recurra a fórmulas uni-

¹⁸ *Ibid.*

¹⁹ *Ibid.*, pp. 13-14.

²⁰ *Ibid.*, pp. 15-16.

²¹ *Ibid.*, p. 16.

versales para interpretar ese pensamiento, evitando el extendido prurito nacionalista de muchos latinoamericanos que intentan un método propio para leer textos propios.²² Un espacio general que denomina *literatura de ideas* y que tiene en común “que la palabra se enuncia desde una posición de verdad, no importa cuánta ficción alojen las líneas de los textos. Puede tratarse de una verdad política o moral, de una verdad que reclame la autoridad en una doctrina, de la ciencia o los títulos de la intuición más o menos profética”.²³

El análisis del discurso

Esta perspectiva es una variante del estudio de las ideas, pero su análisis subraya la importancia del lenguaje como punto de encuentro entre las ideas y el universo social, cultural y político unificados por su base lingüística. Roland Barthes desarrolló dicha perspectiva al exponer el carácter “construido” de la realidad a través de una estructura discursiva y alguna vez llegó a decir que no había hechos, sino interpretaciones. Este método logró constituirse en una disciplina desde los años setenta del siglo pasado con los aportes de Theo van Dijk, que postulaba que en todos los discursos podemos encontrar “huellas del contexto” que permiten vislumbrar características sociales del hablante tales como su condición sexual, de clase, su posición ideológica y otras formas de identidad individual o social.

En América Latina el análisis del discurso ha sido desarrollado por Jorge Myers y Elías José Palti, cuyos trabajos han sido publicados en la revista *Prismas* de la Universidad Nacional de Quilmes.

Para Palti el análisis discursivo es una continuación lógica entre la historia de las ideas y la historia intelectual, como un aporte significativo a ambos desde el nivel basal de cualquier texto comunicativo, su lenguaje: “Este trabajo se propone trazar la evolución de la historia intelectual en el último cuarto de siglo, tratando de destacar la dimen-

²² La necesidad de metodologías surgidas en América Latina ha tenido un fuerte asidero en sectores de ensayistas que alegan que resulta imposible analizar los productos culturales surgidos aquí, con metodologías creadas en otras realidades culturales. Una temática y una perspectiva latinoamericana para construir una metodología latinoamericana, como lo intentaron Carlos Rincón, Antonio Cornejo Polar y Jorge Guzmán para analizar la literatura latinoamericana. Una postura antiacademia francesa y norteamericana, cuyas teorías son definidas por Guzmán como “cascabeles que nos venden día a día”, véase Jorge Guzmán, *Diferencias latinoamericanas*, Santiago, Ecech, 1984. Según Guzmán, para comprender los textos latinoamericanos debe conocerse, además, el idioma y la realidad histórica del continente.

²³ Altamirano, *Para un programa de historia intelectual* [n. 14], p. 20.

sión de las transformaciones teórico-metodológicas entonces producidas. Según se muestra, el tránsito de la antigua historia de ‘ideas’ a la llamada ‘nueva historia intelectual’ supuso, de hecho, una reconfiguración fundamental del objeto de estudio”.²⁴ Se analizan grupos sociales constituidos en opiniones públicas: el discurso popular, el político, el autoritario. En este caso el análisis se hace siguiendo coordenadas estructurales para determinar su coherencia interna e ideología, pues el discurso en sí mismo encierra los valores, proyectos y contradicciones ocultas de quien habla. Palti se refiere a “lenguajes políticos” en sentido horizontal, no necesariamente ligados a un intelectual en particular.

Palti concibe el estudio de los discursos desde ciertas formas de la lengua localizada en sujetos sociales, utilizando propuestas de la hermenéutica de Ricoeur, Gadamer y Habermas y su concepto *opinión pública*, pero tomando en consideración el contexto histórico y social latinoamericano así como “nuevas formas de aproximarse a la cuestión de las peculiares condiciones de asimilación conceptual impuestas por la condición marginal de América Latina en el marco de la cultura occidental”.²⁵ Con ello intenta analizar el pensamiento desde la constitución misma de su base comunicativa, el lenguaje que lo expresa, en un esfuerzo de científicidad que le permita acceder a un estudio más sistemático de las ideas, pero fundamentalmente del vehículo que las hace públicas. Y como dice Palti, “desde que el lenguaje dejó de ser concebido como un medio más o menos transparente para representar una realidad ‘objetiva’ externa al mismo, el foco de la producción historiográfica en su conjunto se desplazó decisivamente hacia los modos de producción, reproducción y transmisión de sentidos en los distintos periodos históricos y contextos culturales”.²⁶ Lo que se corresponde con cierta tentación de aproximación científica practicada con anterioridad por Arturo Andrés Roig en sus estudios sobre una semiótica latinoamericana.²⁷

Altamirano, como Myers y Palti, considera que sus estudios sobre los grandes autores latinoamericanos han provocado un cambio

²⁴ Elías José Palti, “De la historia de ‘ideas’ a la historia de los ‘lenguajes políticos’: las escuelas recientes de análisis conceptual: el panorama latinoamericano”, *Anales* (Universidad de Gotemburgo), núm. 7-8 (2004-2005), p. 63.

²⁵ *Ibid.*; véase también Jorge Myers, *Orden y virtud: el discurso republicano en el régimen rosista*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1995.

²⁶ Elías José Palti, *Giro lingüístico e historia intelectual: Stanley Fish, Dominick LaCapra, Paul Rabinow y Richard Rorty*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1998, p. 20.

²⁷ Arturo A. Roig, *Andrés Bello y los orígenes de la semiótica en América Latina*, Quito, Universidad Católica, 1982; “El *Facundo* como anticipo de una teoría del discurso

metodológico en la comprensión de los fenómenos de ideas en América Latina, lo que posibilita el acceso a niveles cada vez más profundos.

3. *Historia de los intelectuales*

EN una segunda tendencia consideramos aquellas metodologías que priorizan al intelectual, su biografía y circunstancias, como productor de las ideas, además de estas mismas y del texto que escribe.²⁸

Como antes vimos, uno de los mayores aportes a la historia de los intelectuales ha sido el trabajo de un grupo de académicos argentinos encabezados por Carlos Altamirano y seguido por Oscar Terán, Jorge Myers y Elías José Palti, quienes han desarrollado una amplia labor para determinar taxonomías de intelectuales y establecer sus respectivas conceptualizaciones. Sus trabajos tienen una orientación tanto local como continental, con propuestas diversas, pero se trata de intelectuales que estudian a otros intelectuales. Un esfuerzo comparable al realizado por Arturo Andrés Roig en la Universidad de Cuyo, en Mendoza.

Aunque no fue inventada en América Latina, la historia de los intelectuales se ha hecho cargo aquí de una larga tradición al buscar explicar su comportamiento y función en la lectura y construcción conceptual de la realidad. Altamirano dice que la palabra *intelectual* fue creada en 1898 en relación con el caso Dreyfus en París y que tuvo repercusión muy rápida en América Latina, como se aprecia específicamente en el ejemplo que cita de la carta que dos años después José E. Rodó envió al venezolano César Zumeta haciendo comentarios respecto a su *Ariel*: “Es, como se verá, una especie de manifiesto dirigido a la juventud de nuestra América [...] Me gustaría que esta obra mía fuera el punto de partida de una campaña de propaganda entre los intelectuales de América”.²⁹

y de una semiótica”, *Revista Argentina de Lingüística* (Mendoza), vol. 4, núm. 1-2 (marzo-septiembre de 1988); “Semiótica y utopía en Simón Rodríguez”, *Revista Interamericana de Bibliografía* (Washington, OEA), vol. XLIV, núm. 3 (1994).

²⁸ Norberto Bobbio establece cierta similitud entre estas metodologías: “La historia de las ideas o de las ideologías o de los ideales es entendida aquí como historia de la conciencia que los intelectuales tienen de su tiempo, de las categorías mentales que emplean en cada ocasión para comprenderlo, de los valores que adoptan para aprobarlo o para condenarlo, de los programas que formulan para transformarlo”, Norberto Bobbio, *Perfil ideológico del siglo xx en Italia*, México, FCE, 1989.

²⁹ Carlos Altamirano, “Introducción general”, en *Historia de los intelectuales en América Latina, 1. La ciudad letrada: de la conquista al modernismo*, Jorge Myers, ed., Buenos Aires/Madrid, Katz, 2008, p. 21; Mabel Moraña entrega una versión detallada del caso Dreyfus: Émile Zola denunciaba el antisemitismo en una carta dirigida a Félix

En general, se ha considerado al intelectual como un sujeto diferente al hombre de acción que conquista terreno o consigue alimento. El intelectual se asocia al chamán, al sacerdote, al maestro, al pensador y al que moral o espiritualmente orienta a la sociedad. Aunque no es el único que piensa, sí es el que tiene acceso privilegiado a divulgar su pensamiento públicamente y al que el mundo político le reconoce el poder de sus ideas. Weber los define con el nombre que se les daba en la antigua China: *puo che*, bibliotecas vivientes, y por esta razón tenían derecho, los únicos, a mirar de frente al emperador, que reconocía en ellos la superioridad de su pensar.³⁰ Con el advenimiento de la modernidad, los intelectuales crecieron en prestigio y capacidad de difusión de sus planteamientos.

En sus libros recientes Altamirano y sus colegas se centran en los intelectuales desde la Colonia hasta el presente, y los dividen por países, espacios culturales y épocas históricas, de cuyo estudio se desprenden ciertas denominaciones cada vez más afinadas: *gentes de saber, élites ilustradas, letrados patriotas, juristas* etcétera.³¹

Paréntesis sobre la “ciudad letrada”:
intelectuales y poder

Existe un debate en torno de la función de los intelectuales, particularmente en su relación con el poder. En cambio no se discute sobre las ideas, ni como identificarlas o clasificarlas, ni sobre su papel y función en la actualidad. Y tampoco sobre las ideologías, excepto por un estigma a aquellas que se opongan al sistema vigente, tal vez porque los intelectuales tienen nombre y apellido y resulta más atractivo hablar de ellos, que de ideas.³²

Una de estas atracciones es aclarar la relación entre los intelectuales y el poder político en sus diversas expresiones: el Estado, la Universidad, la prensa, la creación de proyectos de país.

Faure, presidente de Francia, publicada por el periódico *L'Aurore litteraire* el 13 de enero de 1898. La carta fue titulada “J'accuse” por George Clemenceau, director del periódico, que la definió como la expresión de un grupo de *intelectuales*, dándole al concepto una significación en uso hasta la actualidad. Moraña advierte, sin embargo, que la palabra era utilizada en el inglés como sustantivo desde el siglo XVI, véase Mabel Moraña, *Cultura y cambio social en América Latina*, Madrid, Iberoamericana, 2008, p. 13.

³⁰ Véase José Joaquín Brunner y Ángel Flisfisch, *Los intelectuales y las instituciones de la cultura*, Santiago de Chile, FLACSO, 1983, p. 56.

³¹ Altamirano, *Historia de los intelectuales en América Latina*, I [n. 29]; del mismo autor, *Historia de los intelectuales en América Latina*, II. *Los avatares de la “ciudad letrada” en el siglo XX*, Buenos Aires/Madrid, Katz, 2010.

³² Véase Jorge Larraín, *El concepto de ideología*, Santiago, LOM, 2010, 4 vols.

Con anterioridad se había estudiado la función de los intelectuales surgidos con la Independencia o el carácter que asumen en América Latina ideologías europeas como el liberalismo, el nacionalismo, el socialismo y sus contrarios. En Argentina se decía: Sarmiento es modernizador, liberal y racista al mismo tiempo y poco más. Pero la mirada global que analiza la relación estrecha de los intelectuales con el “poder”, y de ellos mismos como parte de ese poder, es más reciente y probablemente no mucho antes de los años ochenta del siglo pasado, cuando comenzaron a reconocerse las posibilidades que puede ofrecer una nueva perspectiva interesada en los contextos que rodean a los pensadores y, con un sentido más amplio del poder, por los aportes de Michel Foucault: “The subject of intellectuals and the State in Mexico has received little serious attention among twentieth-century historians. In fact, although there are book-length works that touch marginally upon several aspects of this broad topic, few studies have dealt with the interrelationship between the Mexican State and the intellectual”.³³

En el mismo trabajo se reconocían tempranamente dos características que hacemos nuestras: que el interés estaba puesto más en los intelectuales que en las ideas y que la relación con el poder político abría grandes posibilidades de análisis: “Traditionally, historians have seemed most comfortable approaching intellectuals through their ideas. Therefore, the intellectual history of Mexico and Latin America from this perspective is rather rich, compared to other topics germane to intellectuals”. El trabajo en cuestión finaliza con una conclusión que será recogida por los estudiosos siguientes, especialmente por Ángel Rama (1926-1983) que comprendió la ausencia de trabajos sistemáticos sobre los intelectuales como figuras centrales de la historia de América Latina. Esta ausencia ya había sido notada en el texto de Roderic A. Camp: “A weakness in the literature on Mexican intellectuals is that it has rarely delved into the structure of intellectual life, its relationship to private and public institutions, and the consequences of this relationship for the State, for intellectuals themselves, and for culture in general”.³⁴

Rama percibió dos cuestiones básicas: la función del intelectual como agente del poder y como defensor del *statu quo*.

³³ “Introducción”, en Roderic A. Camp, Charles Hale y Josefina Zoraida Vázquez, eds., *Los intelectuales y el poder en México*, México, El Colegio de México/University of California, 1991, p. 11. La obra reproduce las ponencias presentadas diez años antes en The Sixth Conference of Mexican and United States Historians, celebrado en la Universidad de Chicago entre el 8 y el 12 de septiembre de 1981.

³⁴ *Ibid.*

El texto de Camp que citamos reproduce un seminario realizado apenas dos años antes de la publicación de *La ciudad letrada* (1984) de Ángel Rama, y ya plantea el tema de la relación de la política con los intelectuales como grupos de élite, que Rama desarrolló de una manera específica: dentro de la ciudad hay otra ciudad constituida por la élite de los que practican las ideas (y conocen el lenguaje para exponerlas), rodeada de muros y defensas como cualquier otra ciudad. Por lo que un intelectual apolítico (sin ciudad) resulta imposible de imaginar.

Carlos Altamirano mantiene muchos de los presupuestos de Rama, en primer lugar el rechazo a concebir a los intelectuales como seres espiritualmente incontaminados, definiéndolos como “élites culturales” insertas en las circunstancias sociales y políticas, en el sentido que las ideas y aquellos que las practican recurren a su capital intelectual, como otros lo hacen con el capital económico. Una perspectiva ya presente, por ejemplo, en *Radiografía de la Pampa* (1933), de Martínez Estrada, en la que se señala la relación entre los intelectuales y el poder político.³⁵

Es una concepción opuesta a la de José Ortega y Gasset (así como a la de José Gaos y Leopoldo Zea), quien definía a los intelectuales como “los mejores” dentro de la sociedad y cuya ausencia, en el caso de España, había contribuido a su decadencia. En una sociedad de generales y obispos, Ortega y Gasset reclamaba la necesidad de pensadores, considerados superiores en sentido ético en el manejo del idioma y el compromiso social, al modo de Unamuno o Romain Rolland: un intelectual denunciador y clarividente que guía a la sociedad para alcanzar a las naciones más desarrolladas. Para Ortega y Gasset los mejores países lo eran debido, en parte, a sus intelectuales. Y también al revés.³⁶

Carlos y Ángel Rama escribieron sobre relaciones culturales y algunas historias de América Latina. Sin embargo, *La ciudad letrada* —texto de escasa base empírica pero cuyo impresionante título dejó su impronta en los intelectuales de la época y los siguientes— los

³⁵ José Joaquín Brunner ha escrito en el libro mencionado y en diversos artículos que el antiguo intelectual ha llegado a su fin: “¿Desaparecieron los intelectuales? ¿Aquellas figuras de antaño, que como Malraux, Aron, Sartre o más cerca Octavio Paz, Julián Marías, Isaiah Berlin, entregaban una visión de mundo, un pensamiento tranquilizador, que ordenaba los caóticos sucesos de la historia? ¿Quiénes son hoy los intelectuales?”, José Joaquín Brunner, “Intelectuales en el mercado: ¿dónde están los intelectuales?”, *El Mercurio* (Santiago de Chile), 21-VII-2001.

³⁶ José Ortega y Gasset, *España invertebrada* (1921); véase un análisis de ese libro en Javier Pinedo, “José Ortega y Gasset, España y la modernidad”, *Cuadernos Americanos*, núm. 121 (julio-septiembre del 2007), pp. 41-54.

catapultó internacionalmente. Aunque el libro habla más de la ciudad que de los intelectuales (al modo de Richard Morse) se aplaudió porque se trataba de una primera teoría general de los pensadores en América Latina, tal como lo indica el ensayista uruguayo Hugo Achugar en el prólogo a la primera edición.

Ángel Rama asoció al intelectual con un funcionario al servicio del poder, lo que marca su escepticismo sobre su propia labor y oficio. El pensador uruguayo instaló la “sospecha” y la visión de una sociedad injusta de cuya construcción el intelectual también era responsable. No se trata de “subir”, pensando mejor (como en Ortega y Gasset), sino de mirar hacia el interior social para descubrir las (injustas) diferencias.

La de Rama es una perspectiva diferente a la de Zea, Roig y Ardao, para quienes las ideas son liberadoras y conociéndolas se puede acceder a la identidad y luego a la libertad. Para Rama los productores de ideas son culpables por su connivencia con el poder.

Ese debate continua hasta la actualidad, por ejemplo, en la conversación entre Arcadio Díaz Quiñones, ensayista puertorriqueño seguidor de Rama, y el poeta cubano Cintio Vitier, defensor de los intelectuales o al menos no crítico de todos en su conjunto; no, por ejemplo, de los intelectuales cubanos de la primera hora que en opinión de Vitier sí habían contribuido a cambiar el sistema, aunque por supuesto desde el poder. Pero de un poder de liberación de las mayorías en su opinión.³⁷

El gran aporte de Rama y Altamirano es echar por tierra la antigua “concepción del hombre de letras como apóstol secular, educador del pueblo o de la nación [y] fue seguramente el más poderoso de esos modelos que se encarnaban en ejemplos dignos de admirar o de imitar”.³⁸ Un modelo que ha llegado a su fin. O que tal vez nunca existió.

En ese contexto, Altamirano considera que las élites culturales en América han actuado, en el mejor de los casos, como “bisagras” que ponen en contacto las metrópolis culturales con las tradiciones locales, tanto en el dominio de las ideas como en política. Por esta razón, para él, la literatura y el pensamiento siempre se han hecho cargo de la historia de los conflictos “culturales” en los diversos procesos de modernización que ha vivido el continente. Y relaciona al intelectual con la “ciudad” (ateneos, editoriales, enseñanza) al hacer suyo el concepto de *grafoesfera* (la esfera de la escritura) levantado por Régis Debray, pues la acción de los intelectuales se asocia con “impresión, libros, pren-

³⁷ La entrevista se reproduce en la revista habanera *Contracorriente*, núm. 2 (1995).

³⁸ Altamirano, *Historia de los intelectuales en América Latina*, 1 [n. 29], pp. 15-16.

sa” a través de los cuales exponen sus “enunciados sobre el mundo”, mismos que se socializan a través de la publicación impresa.³⁹

Por otro lado, Altamirano rescata los debates intelectuales como un espacio en el que se gestan las ideas. Por ejemplo, la disputa entre arielistas (Rodó y los “mandarines”) y no arielistas (Alejandro Korn, José Ingenieros, José Vasconcelos): “Los arielistas tuvieron lo que en Rodó habría sido deseable: poder. Nuestros gobiernos indoamericanos están plenos de mandarines arielistas que constituyen una clase cerrada de monopolizadores del saber”; este planteamiento de Luis Alberto Sánchez de 1933 resulta similar a la tesis de Altamirano que afirma que “desde la fundación del régimen colonial hasta la mayor parte del siglo XIX, las élites letradas formaron parte del sistema de poder”.⁴⁰

Detrás del monopolio de la escritura, en una sociedad analfabeta que no cambiará con la independencia, se mantuvo “la tenaz tendencia aristocrática de los letrados”, conclusión muy cercana a la de Juan F. Marsal, que había definido a los pensadores latinoamericanos como arielistas y aristocratizantes.⁴¹

Altamirano analiza igualmente la relación entre intelectuales y ciencias sociales al considerar a la CEPAL de los años sesenta como un gran espacio productor de conceptos, proyectos e ideas que marca el inicio de su inclusión en el pensamiento, confirmando la tendencia hacia las ciencias sociales y humanidades y en menor medida hacia la filosofía: “El ingreso de las modernas ciencias sociales en América Latina introdujo cambios importantes en el espacio de la *intelligentsia*”.⁴² De la misma forma, y pertinentemente, considera a los “intelectuales de la literatura”, que “ligaron la interpretación de textos y procesos literarios del subcontinente con la interpretación de la sociedad y la cultura latinoamericanas”, se refiere a figuras como Antonio Candido y Antonio Cornejo Polar.

³⁹ Debray señala que el intelectual es el que “transmet aux hommes ce qu’il pense du monde [...] l’homme de la communication”, Régis Debray, *L’Escriba: genèse du politique*, París, Grasset, 1980; en otro de sus libros había dicho: “Un intellectuel sans média n’est plus un général sans tropes, mais un général pour rire”, Régis Debray, *Le pouvoir intellectuel en France*, París, Ramsay, 1979.

⁴⁰ Rama, por su lado había escrito: “Una pléyade de religiosos, administradores, educadores, profesionales, escritores y múltiples servidores intelectuales, todos esos que manejaban la pluma, estaban estrechamente asociados a las funciones del poder y componían lo que Georg Friederici ha visto como un país modelo de funcionariado y de burocracia”, citado por Altamirano, *Historia de los intelectuales en América Latina*, II [n. 31], p. 33.

⁴¹ Juan F. Marsal, *El intelectual latinoamericano*, Buenos Aires, Di Tella, 1970.

⁴² Altamirano, “Introducción general”, en *id.*, *Historia de los intelectuales en América Latina*, I [n. 29], p. 24.

Y en relación con el tema tratado, Altamirano señala que las diferencias entre historia de las ideas e historia de los intelectuales estriban en que la primera le parece más restringida que la segunda, la que observa como un ámbito más amplio. Escribe,

una historia de los intelectuales no puede reducirse a (ni confundirse con) una historia de las ideas. Aunque se alimente de ellas, del discurso que la imaginación social de las élites ha puesto en forma, así como de las representaciones que éstas han forjado sobre sí mismas, tales elementos no pueden constituir la única materia, menos aún la única fuente de referencias de esa historia. No sólo los textos, sino el ejercicio mismo de pensar y escribir textos en tal o cual momento histórico resultan mejor comprendidos si no hacemos abstracción de sus condiciones de existencia. Pero los textos, conviene añadir, no se prestan sino raras veces al conocimiento inmediato, requieren por lo general del esfuerzo de la interpretación. En otras palabras: la historia de los intelectuales no exime de sus tareas a la historia intelectual, que trabaja sobre los “hechos del discurso” bajo la idea de que aquéllos dan acceso a un desciframiento de la historia que no se obtiene por otros medios. Ese trabajo específico tiene instrumentos propios.

Aplicar esta concepción al pensamiento en Hispanoamérica, abre nuevas perspectivas sobre el mundo, pero destaca también que lo relevante en este estudio no sólo es el pensamiento, sino el actuar de los intelectuales:

Una historia de los intelectuales debería activar la exploración de diversas canteras y alimentarse del aporte de varias disciplinas, más o menos próximas. Entre estas disciplinas vecinas, las más obvias son la historia de las ideas, la historia de la literatura, la historia política y la sociología de los intelectuales. Pero hay otros campos de conocimiento menos obvios, aunque no por eso menos importantes, como la historia de la prensa y la historia de la edición. En otras palabras: una historia que tome en cuenta la diversidad de formas que adoptó la acción de los intelectuales a lo largo de dos siglos sólo puede ser fruto de la colaboración de estudiosos de diferentes disciplinas.⁴³

Myers define a los intelectuales como “los expertos en el manejo de la palabra escrita (o de las técnicas retóricas para el dominio del discurso oral docto)”, caracterizados, como en los casos anteriores, bajo diversas categorías: *gens de lettres*, *gens de savoir*, *letrados laicos*,

⁴³ *Ibid.*, p. 23.

polímatas, patriota letrado, publicista ilustrado, para designar las variantes en que se manifiesta la labor intelectual.⁴⁴

De manera cercana a Rama, Myers establece un orden cronológico de los pensadores en América Latina: primero el clero, “la fuente *par excellence* de los ejecutantes de las funciones del intelecto en la primera era colonial y aun en la barroca”; luego los “funcionarios de la Corona, los sabios especializados en algunas de las nuevas ciencias, los jesuitas descastados o los abogados y los juristas”; en tercer lugar, “el grupo social conformado por los especialistas en derecho [que] pasó a convertirse en uno de los principales sostenes de la función intelectual durante el siglo XIX [...] figuras como los Egaña, Mariano Moreno, José María Luis Mora”. En las últimas décadas del siglo XIX y comienzos del XX surgen nuevos tipos de intelectuales: el científico, el militante de la revolución social, el modernista y el escritor “popular” y, finalmente, “el periodista político convertido en publicista crítico y doctrinario”.⁴⁵

Así, la profesión del intelectual va modificándose desde sacerdotes, escritores, periodistas y escritores políticos. Todos ligados al poder que será una de las tónicas de cómo esta tendencia metodológica define la acción de los pensadores en América Latina.⁴⁶

Estudios sobre intelectuales

Una variante de la historia de los intelectuales, la constituye lo que podríamos denominar *estudios sobre intelectuales*: en ella no se intenta un análisis cronológico para determinar las transformaciones históricas que ha sufrido, sino establecer tipologías de intelectuales. Es una cuestión de énfasis. Son textos, en general de múltiples autores, que tratan sobre aspectos específicos de intelectuales específicos. Me refiero, además de los antes mencionados, a algunos otros que paso a comentar.

Mabel Moraña reitera algunas consideraciones conocidas. Por ejemplo, el amplio abanico del intelectual latinoamericano a través de la historia, así como de las relaciones entre éste y el poder político.⁴⁷

⁴⁴ Jorge Myers, “Los intelectuales latinoamericanos desde la Colonia hasta el inicio del siglo XX”, en Altamirano, *Historia de los intelectuales en América Latina*, I [n. 29], p. 32.

⁴⁵ *Ibid.*, pp. 35-36.

⁴⁶ No es un descubrimiento pues el tema tiene una larga tradición incluso fuera del continente, véase Norberto Bobbio, *La duda y la elección: intelectuales y poder en la sociedad contemporánea*, Barcelona, Paidós, 1998.

⁴⁷ Mabel Moraña y Bret Gustafson, eds., *Rethinking intellectuals in Latin America*, Madrid, Iberoamericana, 2010; véase también Roderic A. Camp, *Los intelectuales y el Estado en el México del siglo XX*, México, FCE, 1988.

Siguiendo de cerca a Rama establece un escenario de autores entre los que nombra a pensadores clásicos (Weber, Gramsci, Said), y para el caso latinoamericano a Rama, Ramos, Altamirano y Nicola Miller; en el caso de los intelectuales de hoy, considera a García Canclini, Lechner, Brunner y Mansilla.

Coincidiendo con Rama, Moraña analiza la relación entre poder y conocimiento, así como el grado de autonomía entre el trabajo intelectual y las instituciones del Estado desde la época colonial hasta el presente; destaca que se trata de la relación entre el trabajo intelectual y la cultura de mercado, entre cultura alta y cultura popular y de los medios de comunicación de masas, así como de la función en la actualidad del pensamiento crítico de la inteligencia en los procesos de modernización, además del lugar de los escritores en la cultura contemporánea de las sociedades llamadas poscoloniales, entre otros muchos temas.

Como es habitual entre los seguidores de Rama, Mabel Moraña señala a

eruditos, pedagogos, activistas políticos, líderes comunitarios, asesores culturales, artistas, escritores, cineastas y aun a líderes científicos y religiosos [...] identificados como trabajadores intelectuales”, los que a pesar de las diferencias mantienen en común el ejercicio predominante del análisis crítico, las actitudes educativas, la creatividad, la especulación filosófica, las interrogantes ideológicas.⁴⁸

Javier Lasarte publica un libro que contiene artículos en los que analiza la relación de los intelectuales con autores, obras, temas, revistas y movimientos literarios y políticos actuales y de los siglos XIX y XX, tales como el modernismo o la Revolución Cubana.⁴⁹

Especialmente dedicados a Brasil, Hugo Cancino y Rogelio de la Mora coordinan un conjunto de trabajos de diversos investigadores sobre temas, ideas y posiciones de intelectuales.⁵⁰

Por último, Carlos Aguirre y Carmen McEvoy reúnen un conjunto de artículos que se centran en pensadores peruanos (Pedro de Peralta, Manuel González Prada, Francisco García Calderón), pero que incluyen unos cuantos autores de otras regiones como Martín Palma, Antonio Nariño etc. Lo interesante es que incorporan no sólo a ensayistas

⁴⁸ Moraña, *Cultura y cambio social en América Latina* [n. 29], p. 11.

⁴⁹ Javier Lasarte, coord., *Territorios intelectuales: pensamiento y cultura en América Latina*, Caracas, La nave va, 2001.

⁵⁰ Hugo Cancino y Rogelio de la Mora, coords., *Ideas, intelectuales y paradigmas en América Latina: 1850-2000*, México, Universidad Veracruzana, 2007.

sino a escritores de otros géneros como el teatro (Pedro de Peralta) y la lírica (Pedro de Oña). La inspiración en la obra de Ángel Rama es manifiesta y Aguirre y McEvoy titulan la primera parte como “La ciudad letrada colonial: conflictos y disidencias”.⁵¹ Se trata de una serie de libros en los que, junto a cuestiones horizontales (el intelectual en el siglo XX), se analizan otras de carácter focalizado, como el estudio de un solo autor (José Enrique Rodó, Alfonso Reyes), la historia ideológica de una revista o de sectores organizados en torno de ciertas prácticas de pensamiento (izquierda, católicos), la relación de los intelectuales y la política (el APRA peruano, la Revolución Cubana) y todavía la influencia de determinados hechos históricos en las corrientes de pensamiento (la Revolución Mexicana y el indigenismo), el exilio como productor de ideas, la llegada de emigrados españoles a Argentina y el desarrollo del mundo editorial; y, por supuesto, la relación entre intelectuales y medios de comunicación de masas, por mencionar sólo algunos, que nos indican los caminos seguidos en los últimos años y probablemente en los que vendrán. Más que diferencias metodológicas, lo que hay es la incorporación de nuevos temas y sujetos de análisis.

Estudios sobre intelectuales existían con anterioridad en la publicación de biografías de pensadores y una infinidad de trabajos sobre aspectos específicos de los cuales, por su extensión, no podemos dar cuenta aquí.⁵²

Lo anterior es una prueba de que el interés por los intelectuales ha ido en aumento, considerando para su análisis cada vez a más desconocidos, y los conocidos son vueltos a analizar, así como las relaciones con nuevos temas (la religión y el mundo indígena, la globalización y la cultura nacional, el desarrollo científico), que nos muestran los rápidos cambios que experimenta Latinoamérica y que requieren “a theoretical and epistemological search for new models of social and political analysis”,⁵³ pues América Latina no se ajusta de la misma manera a la organización del mundo moderno por lo que conceptos como *identidad nacional*, *ciudadanía*, *nacionalismo*, *racionalidad social*, *pue-*

⁵¹ Carlos Aguirre y Carmen McEvoy, eds., *Intelectuales y poder: ensayos en torno a la república de las letras en el Perú e Hispanoamérica (ss. XVI-XX)*, Lima, Instituto Francés de Estudios Andinos, 2008.

⁵² Por ejemplo, Anibal Ponce, *La vejez de Sarmiento*, Buenos Aires, Librería Histórica, 2001; Armando Donoso, *Bilbao y su tiempo*, Santiago de Chile, Zig Zag, 1913; y tantos otros. No me refiero a textos dedicados al pensamiento político u otras formas aplicadas, como el de Nikolaus Werz, *Pensamiento sociopolítico moderno en América Latina*, Caracas, Nueva Sociedad, 1995.

⁵³ Moraña y Gustafson, eds., *Rethinking intellectuals in Latin America* [n. 47], p. 9.

blo y otros, requieren de análisis más finos y desde nuevas perspectivas metodológicas.⁵⁴

Por otro lado, la propia realidad de la América Latina de las décadas de los ochenta y noventa ha llevado a la reiterada búsqueda de una definición para los intelectuales y su función en las sociedades periféricas y determinar el “*locus of enunciation* of intellectual discourses as a primarily *ideological*—and not only *geocultural*—location, but also as a strategic position for the elaboration of cultural policies and political projects”, es decir, no sólo lo que el intelectual dice, sino desde dónde lo dice.⁵⁵

El trabajo intelectual es concebido como la práctica de la reflexión, pero también como activismo político y propagación social de las ideas ligadas a circunstancias históricas y a determinados sujetos políticos. Un pensador que se hace cargo de la tradición nacional pero que, sobre todo, intenta abrir el futuro a nuevas interpretaciones conceptuales y políticas.

4. *Los estudios culturales: un intento de síntesis*

Los estudios culturales han aspirado a realizar una síntesis de las metodologías anteriores (y otras) tomando aspectos de las ideas, de los intelectuales, de la historia y de la cultura y, en ocasiones, de la sociología y del análisis de los medios de comunicación de masas, pretendiendo una visión (alternativa) de totalidad. Por esta razón estudian nuevas regiones poco trabajadas desde un punto de vista cultural, como la Amazonia, la literatura en torno del Río de La Plata, el Caribe y el folclor urbano o el aporte africano a la música popular. Los estudios culturales analizan la violencia urbana provocada por sujetos sociales en estado límite, la presencia de la marginalidad y otros fenómenos similares, mestizando la historiografía con sociología, cultura y pensamiento.

También se analizan las relaciones entre la cultura escrita y la hablada en un claro intento de bajar a lo cotidiano y opuesto a la élite, tendencia que había comenzado con Octavio Paz en *El laberinto de la soledad* (1950) —y la incorporación de personajes como el Pachuco y la

⁵⁴ Para el caso de la India véase un interesante análisis en Partha Chatterjee, *La nación en tiempo heterogéneo*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008.

⁵⁵ Véase Moraña, *Cultura y cambio social en América Latina* [n. 29], la autora se refiere al intelectual como “criollo letrado” (*Creole letrado*).

Malinche— que en su momento fue una novedad porque planteaba la existencia de lo que Darcy Ribeiro denominará *pueblos nuevos*, constituidos por mestizos con visiones de mundo y formas de expresión igualmente nuevos. Una realidad que, según Ribeiro, sólo existe en América Latina⁵⁶ por lo que ha debido recurrirse a conceptos y temas como *hibridación*, *ciudadanía* (parcial o negada), *falsificación de la historia nacional* e *identidades marginales*.

Los estudios culturales surgieron como un espacio multidisciplinario planteando su interés por otros sujetos y niveles de sociabilidad apoyados por una gran proliferación de posgrados en ciencias humanas y sociales —especialmente en los departamentos de español de las universidades norteamericanas— en el ámbito de lo posmoderno y de su relación con el estudio de la “identidad”, tema que venía desde antes, pero ahora analizando contextos que permiten volver a determinar quiénes somos como parte de un continente multicultural y sin perder de vista la mirada global.

Entre los latinoamericanos se mencionan los textos pioneros de Néstor García Canclini y sus interesantes trabajos sobre modernidad y posmodernidad en las sociedades periféricas; así como los de José Joaquín Brunner, en Chile, con temáticas similares. Más tarde los de Jesús Martín Barbero sobre los medios de comunicación de masas.

Los estudios culturales latinoamericanos no siempre se han centrado en la historia de las ideas, pues en su análisis se privilegian los modos de vida culturales de individuos o sujetos colectivos, poniendo de relieve las diferencias latinoamericanas respecto al centro occidental. Consideran, además de las obras canónicas del pensamiento, otros géneros literarios como el teatro, la poesía, las novelas y las autobiografías e incluso las canciones populares, los bailes, las películas, la influencia de la Internet entre los jóvenes y, por supuesto, los discursos políticos y culturales.

Históricamente los estudios culturales tienen su origen en las reflexiones iniciadas en los años cincuenta en la Escuela de Birmingham con los trabajos de Raymond Williams, que fueron dando forma a los *cultural studies* con los que intentaba de manera voluntariamente ecléctica evitar los modelos únicos e incluir la crítica literaria junto a la comunicación social, la semiótica, la antropología, la política, el multiculturalismo y la globalización así como su efecto en las culturas. Además, se pueden percibir antecedentes en la Escuela de Frankfurt (Adorno, Horkheimer, Marcuse o Habermas) y su interés en el estudio

⁵⁶ Darcy Ribeiro, *Las Américas y la civilización*, Río de Janeiro, ECB, 1970.

de las industrias culturales y su incidencia en la sociedad de masas durante las primeras décadas del siglo xx.

Al analizar a los intelectuales como parte de los fenómenos de la cultura, durante la década de los años ochenta en América Latina se produjo la incorporación de nuevos factores que bordeaban las ciencias sociales y las humanidades, como los debates sobre la posmodernidad, el estudio de los discursos, el campo cultural, el “giro lingüístico” y las teorías de Hayden White, Michel Foucault, Clifford Geertz, Reinhart Koselleck⁵⁷ etc., los cuales influyeron de una u otra manera en el análisis de las ideas al intentar ajustar aquellas sistematizaciones a la producción intelectual local.⁵⁸

De igual modo se observa la presencia de Walter Benjamin que, aunque leído tardíamente en América Latina, impuso nuevos puntos de vista sobre el funcionamiento de la modernidad en el mundo cotidiano y la manera cómo estas miradas se expresaban en los países periféricos a través de la comprensión de sujetos sociales no considerados con anterioridad (mujeres trabajadoras, marginales urbanos, indígenas en la ciudad); y del uso de conceptos como *poscolonialidad*, *imperio*, *sexualidades*, *expresiones de la negritud*, *anarquismo político*, *nacionalismo autóctono*, *neoliberalismo latinoamericano*, *feminismo* y otras tendencias no siempre nuevas pero sí con nuevas connotaciones. Es decir, un intelectual que corresponde al paso del “legislador” al “intérprete”, según el esquema de Bauman.⁵⁹

La gran síntesis intentada por los seguidores de los estudios culturales ha permitido la creación de obras de indudable valor, pero que provocaron también un alejamiento de la matriz de la historia de las ideas que, vista desde aquí, parece haberse quedado muy atrás.

⁵⁷ Reinhart Koselleck desarrolló la “historia de los conceptos”, y particularmente el concepto *Sattelzeit*, el momento de la ruptura con lo premoderno. La historia de los conceptos no ha tenido gran desarrollo en América Latina, tal vez por la escasez de conceptualizaciones. Un ejemplo positivo es la obra de Javier Fernández Sebastián, *Diccionario político y social del mundo iberoamericano: la era de las revoluciones, 1750-1850*, Madrid, Fundación Carolina, 2009; véase Elías José Palti, “Koselleck y la idea de *Sattelzeit*: un debate sobre modernidad y temporalidad”, *Ayer* (Asociación de Historia Contemporánea), núm. 53 (2004); véanse, entre otros, Alfonso Galindo Hervás, “Nota sobre el origen de la modernidad: ¿Berman o Koselleck?”, en DE: <<http://saavedrafajardo.um.es/WEB/archivos/equipofilosofia/documento9.pdf>>.

⁵⁸ Véanse ejemplos en Moraña, *Cultura y cambio social en América Latina* [n. 29].

⁵⁹ Zygmunt Bauman, *Legisladores e intérpretes: sobre la modernidad, la postmodernidad y los intelectuales*, Buenos Aires, UNQUI, 1997. Bauman reconoce en este cambio del intelectual una prueba del paso de la modernidad a la posmodernidad, pues en la primera el intelectual se caracterizó por su intento de constituir sociedades formadas por individuos emancipados, lo que le aseguraba su función como “legislador”; en la posmodernidad, en cambio, su labor se ha caracterizado por promover las diversidades.

5. Conclusiones

HE presentado una síntesis de tres tendencias metodológicas en el estudio de las ideas y el pensamiento, y me parece que el camino ha seguido una dirección cada vez de mayor focalización y verticalidad, avanzando desde cuestiones que hoy nos parecen muy generales (el conflicto identidad-modernidad): el estudio de sujetos no siempre creadores de ideas, pero sí de formas particulares de vivir en la sociedad y de la cultura que generan. Una dirección que va de las ideas del positivismo, marxismo y existencialismo, en sus versiones latinoamericanas, a sujetos y lenguajes culturales; de lo general a lo particular; de lo filosófico a lo cultural; de sujetos elevados socialmente a otros marginales, es decir, ha habido cambios metodológicos, pero también en la forma de identificar al productor de ideas y visiones de mundo al interior de lo que Gruzinski denomina “pensamiento mestizo”.⁶⁰

Al estudiar las obras más recientes es fácil darse cuenta del tiempo que ha transcurrido (metodológicamente hablando) desde las lecturas de Enrique Anderson Imbert o Emilio Carilla —en las que se entregaban listas de autores y obras ordenadas por generaciones o “estilos literarios”— hasta los textos de Néstor García Canclini y Carlos Altamirano.

Por otro lado, es notorio que desde mediados del siglo xx el estudio de las ideas y los intelectuales ha evolucionado del estudio de las propuestas de los intelectuales clásicos (programas de ideas) a las estructuras y formas de esos contenidos y programas considerando con prioridad las circunstancias históricas y culturales en las que se inscriben; y cada vez se estudian más los imaginarios sociales colectivos (mujeres, indígenas, militantes, jóvenes) que los de un solo individuo pensante.

Estos cambios han permitido la incorporación de nuevas metodologías de origen europeo y norteamericano (Frankfurt, Birmingham, Yale, París) y el desarrollo de las comunicaciones ha permitido mantener un fluido diálogo entre América Latina y una multiplicación de metodologías que no corresponde a una crisis de lecturas, sino al surgimiento de nuevas propuestas frente a una compleja y cambiante realidad.

Esta proliferación epistemológica ha aumentado en las últimas dos décadas, lo que llama la atención pues, si por una parte, el interés por lo latinoamericano ha disminuido por la presencia de otros mundos culturales como el islámico o el chino, de mayor atracción en Europa y

⁶⁰ Serge Gruzinski, *El pensamiento mestizo*, Buenos Aires, Paidós, 2000.

Estados Unidos, en cambio el interés por el idioma español y la cultura que conlleva ha ido en aumento.

En conclusión, el paso desde la filosofía académica al estudio de las ideas circunscritas a la realidad histórica de América Latina, iniciado por Leopoldo Zea, permitió a lo largo del siglo xx el surgimiento de nuevas miradas metodológicas (que no han llegado a su fin) para observar a nuevos sujetos sociales y novedosas lecturas verticales. Y probablemente en el futuro serán más novedosas para abarcar una realidad cultural y conceptualmente compleja como la nuestra. Este artículo intenta mostrar la importancia de la heterogeneidad ideológica y cultural en que vivimos, así como el desarrollo de su estudio y proyección futura.

RESUMEN

El artículo examina los métodos de análisis y producción del pensamiento hispanoamericano en las últimas décadas. En opinión del autor la historia de las ideas, la historia intelectual, el análisis del discurso, la historia de los intelectuales y los estudios culturales son métodos que pueden agruparse en tres tendencias básicas, según el énfasis que se ponga: uno, en el análisis de las ideas en sí mismas; dos, en el sujeto que las produce, es decir, el intelectual; y tres, la síntesis de ambas que los estudios culturales intentan. En este trabajo se ha dejado fuera a Brasil por la amplitud de su producción académica.

Palabras clave: historia de las ideas Hispanoamérica, intelectuales, pensamiento en Hispanoamérica, estudios culturales Hispanoamérica.

ABSTRACT

In this article, the author examines the methods of analysis and production of Hispanic-American thought during the last decades. In his opinion, the history of ideas, intellectual history, discourse analysis, the history of intellectuals and cultural studies are methods that may be grouped within three basic tendencies, depending on the chosen emphasis: first, the analysis of ideas themselves; second, the subject who produces them, that is, the intellectual; and third, the synthesis of both, attempted by cultural studies. In this paper, Brazil has been left out due to the wide scope of its academic production.

Key words: history of ideas Hispanic-America, intellectuals, thought in Hispanic-America, Hispanic-America cultural studies.